



*Hasta durmiendo habla.*

La historia de mi pánico no empezó durante la noche fatídica en que me dio un ataque de pánico. En realidad, esa noche no tuvo nada de fatídica: si hubiese comprendido las señales que durante meses me aturdieron con la persistencia y la ineficacia de una sirena antirrobo en una casa vacía, quizás hubiera podido protegerme de esa experiencia horrible.

Pero no las comprendí y no pude evitar que de pronto el mundo se deslizará de su eje y me lanzara hacia un abismo corporal, un desgarró existencial, y a los brazos de la desesperación más pura. Porque así fue la desesperación de esa noche: perfecta y sobrecogedora, como la nieve blanca y profunda de los polos.

• • •

Por ese entonces yo iba a yoga tres veces por semana y formaba parte del núcleo duro de discípulos (cuatro mujeres, dos hombres) que no faltaba jamás y que no tenía, al parecer, otra obligación antes de las diez de la mañana. Al llegar nos sentábamos en *vajrasana* (sobre nuestros talones, con la

espalda erguida), tomábamos aire por la nariz y llevábamos el torso hacia adelante mientras lo soltábamos por la boca, entrecortada y ruidosamente, como un grupo sincronizado de parturientas. Después de la tercera exhalación debíamos apoyar la cabeza en el piso; no toda la cabeza, solo aquel punto específico de la frente en el que nace el cabello y que no es tan fácil de identificar como parece. De hecho, uno de mis compañeros era muy joven y calvo y se retorció extrañamente cada vez que la profesora nos decía qué punto exacto de la cabeza debíamos apoyar. Cerrábamos los ojos y en esa postura debíamos visualizar un punto negro. Durante tres minutos. Un punto negro y quieto apenas más grande que un punto ortográfico. El mío cambiaba de forma y de color, hacía la lista de la verdulería, se preocupaba por el trabajo no entregado de la facultad, por la nota que debía escribir, pensaba en el desasosiego de mi compañero calvo y volvía a cambiar de forma y de color. En términos generales, no podía retener el punto negro por más de cinco segundos seguidos.

Luego hacíamos ejercicios de equilibrio, la posición del camello y del cerrojo, saludábamos al sol desde esas cuatro paredes sin ventanas, y respirábamos. La respiración profunda era lo que mejor me salía porque había que estar pendiente del cuerpo y hacía meses que yo estaba pendiente de mi cuerpo. No de mi figura; de sus órganos. No de mi aspecto; de su funcionamiento. Era capaz de dividir los pulmones en ocho partes y respirar alternativamente y a voluntad con cada una.

Control.

No faltaba nunca a yoga. Tan aplicada era que cuando finalmente me ausenté tres veces seguidas, la profesora empezó a llamar a casa.

Por ese entonces también cursaba un posgrado en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, dos noches por semana. Ida en subterráneo, vuelta en subterráneo. En total éramos diez o doce cursantes. Nunca se armó entre nosotros, lo que se dice, una camaradería; no se formaron grandes amistades, pero sí conciliábulo de conversaciones superficiales en los que se deslizaban malos consejos. Yo tenía una aguda alergia que hacía que mi nariz goteara *sin pausa*. Mi puño derecho estaba todo el día cerrado alrededor de un pañuelito y mis respiraciones de yoga eran interrumpidas por recurrentes acciones de despeje nasal. Una compañera me dijo que a ella su homeópata la había “curado completamente”.

–¿De la alergia? –pregunté.

–Completamente –terminó ella.

Yo tenía un alergista que me parecía bastante serio porque me había inyectado una buena cantidad de sustancias con una pequeña aguja subcutánea en la cara interna del brazo para enterarse qué era lo que me tenía tan congestionada. Solo dos pinchazos se inflamaron: el que contenía la sustancia “perro” (pero la reacción era tan pequeña que no calificaba como alérgico), y el que contenía la sustancia “ácaro del polvo doméstico”. La hinchazón en ese sector de la piel fue tal que tuvieron que darme una pastilla para detenerla y contener los estornudos y los lagrimones.

Los ácaros son arácnidos milimétricos, milenarios e inevitables en lugares húmedos y templados, como Buenos Aires. El tratamiento consistió en unas gotas sublinguales de dosis progresiva: la primera semana, una gota. La segunda, dos, y así hasta terminar la botellita e ir a ver al alergista otra vez para que me recetara una nueva dosis porque la alergia no cedía.

Además estaba el vil asunto de la metáfora: ser alérgica a los ácaros del polvo doméstico significaba ser alérgica a la ciudad a la que había elegido mudarme hacía poco más de un año y medio.

Así que en el probable empeño inconsciente de negar cualquier tipo de alegoría, me hice a la idea de que el problema podía venir de algún hueso descolocado de la nariz o quizá de algún tumor más o menos benigno en la base de la frente. Fui a ver a un médico clínico entrado en años, de pocas palabras y algo autoritario, de esa manera tan generacional y distante en la que ciertos señores argentinos son autoritarios. Me mandó a hacerme una radiografía de las cavidades paranasales y también de tórax, además de un análisis clínico completo. Como le dije que solía dolerme la cabeza, me sugirió ir al oculista. Como además me dolía el cuello, me dio una orden para ver a un traumatólogo, quien a su vez me mandó a radiografiar mis cervicales. Como todos los destinos eran masculinos pensé que sería sabio completar el panorama con una ginecóloga, aunque mis chequeos estuvieran al día. Muy al día, en realidad. Tanto, que cuando me vio entrar me preguntó qué problema me llevaba a consultarla de nuevo tan pronto.

Fueron mañanas enteras de autorizaciones en la obra social, de batones verde agua, de agujas, de camillas, de algodones con alcohol, de revistas manoseadas de consultorio, de subtes y de taxis. De marcar y desmarcar en mi agenda las consultas que pasaban, las segundas visitas, de dejar mi trabajo por la mitad para mi estudio del fondo de ojo, y no poder retomararlo (al trabajo) a causa del borrón en el que se convierte el mundo cuando se lo vive con las pupilas dilatadas. Cada vez que agregaba un nuevo turno a la agenda

sentía una extraña descarga de orgullo: “Qué bien que estoy cuidando de mí misma, qué bien arrinconar así a la incertidumbre”. Ver por delante una semana llena de deberes clínicos no me producía tanto agobio como excitación.

Control.

Era, además, una paciente muy organizada. Durante esas olimpiadas médicas no perdí las clases de yoga, ni el turno al alergista, ni las clases de posgrado, ni la búsqueda de los resultados el día exacto en que estaban listos, ni desatendí mi trabajo ni, desde luego y sobre todo, falté a mi turno semanal con el psicólogo.

Porque iba al psicólogo una vez por semana desde hacía ocho meses. Attendía en Palermo y era muy distinguido e inteligente. Tenía en su mirada la misma paz rumiante de mi profesora de yoga y de mi completamente curada compañera de posgrado. Yo en cambio llegaba a su consultorio con ojos saltones y atónitos, como los de un batracio. Entonces parecía ser mi manera habitual de dirigirle miradas al mundo; no siempre había sido así pero yo no me daba cuenta ni tampoco el psicólogo, que me conocía hacía tan solo ocho meses y a quien tampoco le extrañaba, lo mismo que a mí, que no pudiera estarme quieta en la silla.

Lo de menos era el contenido de mi monólogo; sépase que era largo y quejoso, abundante en comparaciones y preguntas. Según el terapeuta, la raíz de todos mis problemas radicaba en mi imposibilidad de “conectarme con mis deseos”. Así zanjaba cualquier asunto, todos los asuntos, yo le creía, quizás hasta tuviera razón, y salía siempre en un estado doble de frustración y entusiasmo porque de ahí en más, sí señor, iba a conectarme con mis deseos, fuera lo que fuera que eso significara.

En la siguiente sesión, todo volvía a empezar.

Los resultados estaban listos.

El médico clínico colocó mi radiografía de los senos paranasales en el negatoscopio pasado de moda que tenía colgado en su consultorio. La observó un rato más largo de lo que yo era capaz de soportar y después, con un puntero, se puso a explicar cada una de las partes reveladas en la placa. Demoré en entender por qué señalaba la pared contigua al negatoscopio en lugar de señalar la radiografía *en sí*. “El drenaje de los senos maxilares está limpio”, decía, mientras realizaba inexplicables y chirriantes carambolas sobre la pared de yeso. Supuse que no querría arruinar el sensible acetato radiográfico; que lo trataba con el mismo cuidado con el que yo solía tratar de pequeña a las fotos brillantes y pegajosas que mis padres guardaban en álbumes con protección de pergamino. Para mi estupor, sin embargo, la causa de la falta de puntería resultó ser su pronunciado estrabismo, disimulado tras sus anteojos de lente grueso. En las cavidades paranasales no encontró nada, acaso una leve inflamación. En el tórax tampoco. En los análisis clínicos, todo, me dijo, estaba en orden.

–Pero ahí dice que tengo eosinofilia, ¿qué es la eosinofilia? –Me había aprendido el nombre de memoria y, siguiendo preceptos familiares, no había querido buscarlo en Internet.

–Nada, tendrás una alergia.

–Sí, claro que tengo una alergia.

–Y bueno, tenés que ir al alergista.

–Es que voy al alergista.

–¿Y estás en tratamiento?

–Sí, hace un mes y medio.

–Bueno, ya aflojará –dijo, y me despachó.

Como no iba a creerle a un señor que veía todo desplazado diez centímetros hacia la derecha, pedí turno a la mañana siguiente con una médica que atendía en avenida Cabildo. Era desenfadada, simpática, y de las que tocan a sus pacientes: los ganglios, la panza. De las que te hacen inhalar y exhalar poniendo la boca de formas distintas. En suma, alguien confiable. Cuando tomó su recetario para hacerme una orden para análisis clínicos le dije que ya tenía unos, muy recientes, y tuve que explicarle que no confiaba en mi médico anterior. Los revisó y no encontró nada más allá de la eosinofilia.

–¿Segura? ¿No me los hago de vuelta? –pregunté.

–¡Qué ansiositas que estamos! –dijo sonriendo y me despachó.

La opinión de la ginecóloga no fue distinta. En cuanto a mis ojos, estaban perfectos. Mis cervicales también, y qué raro que me dolieran tanto, dijo el traumatólogo, si hacía yoga, que mantiene a raya los efectos del estrés. Su tratamiento consistió en mejorar mi postura frente a la computadora.

Le conté a mi psicólogo acerca de la peregrinación médica a la que me había sometido a partir de mi alergia y de mi desconfianza hacia los resultados. Según él, la alergia venía de mi mente, y se atrevió a meterse con la relación que estaba intentado evitar: la que aseguraba que nunca en la vida le había tenido alergia a nada hasta que me mudé a una ciudad que lo que más tiene, aparte de tránsito y aires acondicionados que cuelgan de los edificios como tumores, son ácaros del polvo doméstico.

Esa noche le pedí a mi compañera de posgrado el teléfono de su homeópata.

• • •

El consultorio estaba en el quinto piso de uno de esos edificios señoriales de avenida Santa Fe, de vestíbulos enormes y ascensores con pesadas puertas de hierro labrado. La sala de espera era la más grande que había visto en los dos últimos meses y entre la muchedumbre que esperaba había un actor secundario de televisión y también un productor de cine que frisaría los cincuenta años. Me enteré de su trabajo porque hablaba a los gritos de la película que estaba terminando y de los estresantes tiempos del rubro con una chica que también estaba involucrada en el film.

Mis prejuicios me desbordaron; siempre son ese tipo de personas las que recurren a la medicina alternativa: actores, “gente de cine”, periodistas mediáticos, rockeros que dejaron de serlo. En la Feria del Libro de Buenos Aires del año anterior me había tocado ir a cubrir una charla de Alejandro Jodorowsky que estaba repleta de esa franja poblacional. Y ahora yo iba a pertenecer a ella también. De algún modo tangencial –me reproché– ya pertenecía, con mis tres irrenunciables clases de yoga por semana. Pero yo las había elegido con muchísimo cuidado. Ya antes había caído en manos de gurúes que después de una clase de veinte minutos daban un sermón de cuarenta. Mi clase de yoga, salvo por el asunto del punto negro, era puramente física y me gustaba así.

Tras casi una hora y media entré por fin al consultorio, que contrastaba con la sala de espera de una manera no tan grotesca como deliberada: era mínimo y estaba casi a oscuras, apenas iluminado por la luz que se filtraba a través de una persiana. El homeópata era muy alto y su cara morena y filosa se parecía a la de Kafka, aunque era, si cabe, un poco más espectral.

Lo primero que preguntó fue por qué estaba ahí.



-Vengo porque una amiga me aconsejó que viniera.  
¿Erica?

Él asintió pero estaba claro que no se acordaba de la tal Erica.

-Tengo una alergia que no para. Fui a mil médicos.

-¿Ese es el problema?

-Sí.

-¿Siempre movés la pierna así?

La pierna derecha se me movía al ritmo alocado de una máquina de coser en plena faena, algo a lo que, evidentemente, había acabado por acostumbrarme. Mi respuesta fue una risa tonta.

-¿Siempre tenés los brazos cruzados?

Ahí empecé a fastidiarme.

-No sé -respondí descruzándolos y poniéndolos sobre la mesa, quietos, donde él pudiera verlos.

-¿Y por qué estás acá? -repitió.

Algo ocurrió entonces. Una apertura inesperada; un extraño permiso para hablar que, pienso, se debió más a la semioscuridad y a la repetición de la pregunta que a la confianza que me inspiraba aquel hombre. De todos modos lo que dije, aunque real, fue ciertamente escueto.

-Pienso demasiado, siento que pienso demasiado, como si tuviera un motor en mi cabeza, así, potente, como un cohete que despega, ¿no? Que está despegando todo el día. Además me duele todo, o creo que me duele todo, y nadie encuentra nada. Y lloro por cualquier cosa, hasta con las propagandas.

Dije todo eso agitando las manos que había querido tener quietas y mirando alternativamente al piso o al escritorio, consciente de que el homeópata intentaba que pusiera los ojos sobre él: movía su cabeza como si fuese el objetivo

de un pase de tenis, arriba, a un costado, al otro, tratando de atajarme la mirada.

–¿Por qué no me mirás a los ojos? –quiso saber.

–No sé... ¿Porque no lo conozco?

Se reclinó en el asiento.

–¿Siempre preguntás en lugar de afirmar?

–Mire –le dije con los dientes apretados, sin esconder ya el fastidio–, la verdad es que no sé de qué se trata la homeopatía. ¿De qué se trata?

Por toda respuesta emitió una risita prepotente, o eso me pareció. Me dijo que volviera en dos semanas y me dio una prescripción incomprensible que dejé, bufando, en una farmacia cercana.

Al día siguiente recibí en casa un frasquito carísimo lleno de bolitas blancas, etiquetado con una letra minúscula que decía *Lachesis*. Corrí a Google; el precepto familiar de no buscar respuestas médicas en Internet no contaba en este caso, ya que en mi educación e imaginario, esas bolitas no eran medicina sino embrujos. Resultó que *Lachesis* era el veneno de una serpiente sudamericana que la homeopatía utiliza para tratar a personas “locuaces y desconfiadas”. La página de Internet que consulté describía así los síntomas: “Habla en forma excitada y apurada, o discursiva, en voz alta, en forma incoherente [...] Habla mucho y no dice nada, y a veces lo hace con expresiones elegidas. Hasta durmiendo habla”.

De más está decir que tomé las bolitas con un hondo sentimiento de rencor.

No le conté nada de esto a mi psicólogo. Tampoco se lo conté al alergista, y en el mes siguiente tuve que combinar sus gotitas sublinguales contra los ácaros con las bolitas

sublinguales contra la locuacidad, esperando entre unas y otras una cantidad de minutos que resolví ad hoc.

Entonces estábamos en abril e inauguró una nueva edición de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Para una periodista *freelance* la Feria significaba mucha plata en poco tiempo; en una sola semana de trabajo continuo y particularmente acelerado –que consistía mayormente en escuchar entrevistas a escritores o ver tal o cual evento, escribir al respecto y enviar la nota por correo electrónico al editor del diario, además de estar atenta a ofertas, cotilleos de pasillo y demás curiosidades, y si no aparecían, buscarlas–, decía, tras solo una semana podía ganar lo que ganaba en tres meses, y en mi impredecible economía eso equivalía a un doble aguinaldo. Ya había hecho el mismo trabajo el año anterior, y el otro. Era el momento de hacerlo de nuevo.

Fui un día, fui dos, fui tres.

El cuarto me pidieron que cubriera una charla que empezaba a las siete de la tarde y que entregara la nota a las ocho y media de la noche. Solo en algún examen sorpresa del colegio me habían dado tan poco tiempo para escribir.

Pero la nota, me consolé, no era larga.

No tengo que hacer ningún ejercicio de memoria para contar lo que sigue, porque cada vez que lo recuerdo, no es un recuerdo. Es una transmisión en vivo y en directo. Es puro tiempo real.

• • •

Hago los cálculos del caso: la charla durará cuarenta y cinco minutos como mucho. Me llevará siete llegar a la sala de prensa –diez si me vuelvo a perder en el camino–, y tendré

treinta minutos para escribir tres mil caracteres con espacios; no es nada, poco menos de una carilla.

Decido que no tiene sentido grabar porque no me alcanzará el tiempo para transcribir. Decido tomar apuntes y confiar en mi memoria. Decido recordar que una de las notas que escribí el día anterior ocupó dos carillas completas y la entregué a tiempo.

Decido respirar, como me enseñan en yoga.

Tomo asiento en la primera fila de la sala José Hernández de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Pongo el bolso en mi regazo y saco un libro, un anotador, una birome y un grabador. El libro es para apoyar el anotador. El grabador es para grabar porque finalmente he decidido hacerlo, por las dudas, por respaldo, por seguridad.

Por control.

“Hola, hola”, digo. “Hola, hola”, repite mi voz metalizada.

La sala es la más grande de la Feria y tiene capacidad para mil personas; si se llena, habrá más de novecientas detrás de mí. Cuando tenía veintidós años fui a ver a U2 a la cancha de River. Llegué muy temprano y atravesé el campo corriendo para quedar primera. Por puro afán propio me sometí a horas de apisonamiento físico contra la barrera que dividía al público del escenario. Entonces, no tuve miedo.

Ahora estoy una vez más en la primera fila y frente a mí, una vez más, un escenario, pero este no es para estrellas de rock sino para estrellas de la literatura y por lo tanto es austero y reposado: tiene una mesa revestida con un mantel negro, dos sillas, dos micrófonos, agua y vasos. Un gran cartel en el fondo dice *Libros sin fronteras*. Estoy sentada y nadie empuja ni molesta pero cuando me vuelvo a mirar los novecientos asientos que van ocupándose con desesperante lentitud por

personas que, a diferencia de mí, no tienen ningún apuro porque no deben entregar ninguna nota, siento un sofocón parecido al que sentí cuando tenía a todo el público de River detrás, y empiezo a quejarme en voz baja hasta que la culpa me recuerda que voy al psicólogo una vez por semana para aprender a no quejarme. Que me conecte con mis deseos, me dice. Mi deseo más urgente es que esta sala se llene de una vez y empiece la función.

El celular suena dentro del bolso y es mi editor, que me recuerda que tengo que entregar la nota a las ocho y media. “Sí, sí, claro”, respondo solícita y luego, en lugar de apagar el aparato, lo silencio. No me gusta tenerlo apagado. Miro la hora. Siete y diez.

Diez minutos menos para escribir.

Siete para llegar a la sala de prensa, si no me pierdo, como ayer.

Y la gente sigue entrando a la sala con la paz de un ganado hindú, con el gesto reposado de mi profesora de yoga, con la sonrisa libre y conectada con sus deseos que pone el psicólogo sesión tras sesión.

Decido respirar.

Chequeo el grabador: “Hola, hola”.

Tomo la birome y escribo: “A sala llena y con diez minutos de retraso, dio inicio la charla de...”. Tacho.

Once minutos menos para escribir, doce minutos menos para escribir, catorce. Aprieto REC cuando el invitado entra al fin, seguido por la periodista que lo va a entrevistar. Aplausos.

Al sentarse, uno de ellos empuja la mesa volcando un poco de agua y pierden un minuto precioso restándole importancia al asunto. Mi pierna derecha se pone como una máquina de coser.

Casi mil personas hacen silencio en la sala José Hernández y empieza la entrevista. Tomo la birome y escribo. Mi letra se parece a las patas de una araña. La periodista pregunta, el invitado responde. Responde largo. Intento registrar las ideas-fuerza y no me sale; retengo las palabras como un puño que intenta, sin éxito, retener la arena seca. De reojo miro el reloj del celular. Siete y cuarenta. Siento una punzada de dolor en la base de la nuca. Respiro hondo pero de las ocho partes con que debería llenar mis pulmones, estoy abarcando apenas cinco. Siento frío en la cara. Bajo la birome y miro al escenario. Allí se ríen y detrás el público ríe también. Yo me perdí el chiste y por lo tanto la nota se perderá el chiste y por lo tanto el mundo se perderá el chiste y si el diario de la competencia registró el chiste y el mío no, el editor se va a enojar y ya nunca más podré escribir ahí.

Pero el grabador registró el chiste.

Chequeo el minuterero del aparato y anoto en mi libreta: “Chiste a los 15 min. aprox”.

No puedo escribir nada más.

A las ocho y diez me voy aunque la entrevista no haya terminado. Me toma cinco minutos llegar a la sala de prensa. Tengo apenas quince para escribir y todas las computadoras están ocupadas, una de ellas por un colega al que he visto ya tres días seguidos en ese mismo lugar. Suele caerme mal porque trata a los editores como si fuesen sus compadres. Cuando lo llaman al celular los atiende con un “¿Qué hashé, campeona?” o “¿Qué hashé, papá?”, a lo que siempre le sigue un “Por acá todo tranqui”.

Sobre todo me exasperan sus incomprensibles “todo tranqui”.

Me acerco y le toco el hombro. Él cree que ha sido para saludarlo.

-¡Ehhh! ¿Cómo andás, querida?

Lo miro impávida, como un golem.

-¿Necesitás la compu? Ya te la dejo, dos minutitos.

Se levanta al cabo de cinco minutitos.

-¡Chau, divina! ¿Te veo mañana?

No he terminado de sentarme cuando el celular empieza a vibrar. No emite sonidos, pero la vibración está activada en ese ritmo alocado que hace que el aparato se mueva por sí solo. Como mi pierna.

-¿Hola?

-¿Cómo va, estás escribiendo?

-Claro, claro.

-Bueno, dale que ya cerramos.

-Sí, sí, sí -respondo solícita.

Saco los auriculares, enciendo el grabador y empiezo a transcribir lo que se dijo en la charla. Sé que es el método incorrecto; que perderé demasiado tiempo, pero no puedo dejar de hacerlo. No puedo decidir. Adelanto, retrocedo, el chiste del minuto quince no es gracioso, o no lo entiendo, pero lo pongo igual en la nota. Reelaboro el comienzo cuatro veces. Y de a poco, por obra del conjuro de la urgencia, el nudo se afloja y puedo redactar al tiempo que escucho; las palabras se hilan unas con otras, las citas salen prolijas, encuentro las ideas-fuerza, hasta parece que escuché la charla entera. El editor vuelve a llamarme porque son las ocho y cuarenta.

-Ya va, ya va, ya ya ya te la mando.

Estoy concentrada, estoy enchufada, estoy controlando y la nota, me parece, hasta ha quedado linda. A las ocho y cuarenta y ocho aprieto "Enviar".

Y llamo.

–Ahí salió la nota.

–Dale, gracias –me contesta el editor sin mucho interés, y corta.

Corta y siento que acabo de ganar la maratón de Chicago pero no hay nadie ahí para darme ningún trofeo. No he ganado nada, pero no debo quejarme. Le pago a mi psicólogo lo mismo que acabo de ganar por escribir esta nota, solo para aprender a no quejarme.

El celular vibra y esta vez son dos amigas que acaban de entrar a la Feria y que hace tiempo que no veo. Me había olvidado por completo que iba a encontrarme con ellas. Me dicen que están viendo la *perfo* de los poetas en el pabellón amarillo.

Yo estoy en el pabellón azul.

–¡Venite, mi reina, después vamos a tomar algo!

Y salgo de la sala de prensa en el instante en que las puertas se abren para inaugurar la llamada *Noche de la Ciudad* de la Feria; una idea para “democratizar la literatura” que consiste en liberar la entrada y dejar el recinto abierto con pase gratis hasta las dos de la mañana.

Eso también lo había olvidado.

Y en pocos segundos me rodean muchos, me rodean hordas; son la campaña napoleónica contra el imperio zarista, son el ejército de Saruman en el abismo de Helm, son los condenados ingresando a la primera puerta del infierno, porque si alguien me hubiese preguntado en ese momento dónde quedaba el infierno, yo habría dicho que en la noche gratis de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Si alguien me hubiese pedido una descripción, habría comparado los pabellones de colores con los círculos de pecadores, los altavoces



que anunciaban eventos con los gritos enloquecidos de Judas, la multitud que desfilaba desde avenida Sarmiento y avenida Santa Fe, con los traidores que Lucifer recibe en su palacio.

Con la mirada fija en el suelo, en esa costumbre que tanto desaprueba mi homeópata, camino observando los colores de las alfombras hacia el círculo de fuego que es el pabellón amarillo. Entrecierro los ojos y aprieto los labios para aplacar un mareo, y el suelo parece de pronto brillar: mis retinas hacen algo raro, o la realidad toda está haciendo algo que no conozco, porque de pronto adquiere unos contornos excesivos, detallados, moleculares.

Encuentro a mis amigas que me abrazan, me besan, me palmean, que saltan a mi alrededor como yo había saltado alrededor de U2 hacía diez años.

Diez.

Les digo:

–Vámonos, ¿no?

Contestan:

–¡Bancá, mujer, acabamos de llegar!

Y en eso una chica que me pareció monstruosa, embutida en un vestido rosa y con un megáfono de cancha, se trepa a un carruaje que quién sabe cómo ha llegado hasta ahí, y se pone a recitar poemas ante trescientas personas agolpadas que no la escuchan.

Alguien me da un fuerte codazo en el pecho, pero cuando me fijo no hay tal alguien. Mi corazón galopa como si llevara las riendas de aquel carruaje absurdo. La sangre bombea con tanta fuerza, que hasta la siento latir en los párpados. Mis amigas están a mi lado pero están en otra parte; las veo a ellas –a todo– a través de una envoltura invisible; a través de un espacio vacío que tiene densidad y volumen.

-Me tengo que ir -les digo con una voz que suena distante y metálica, como si saliera de mi grabador-. Me voy afuera, me buscan afuera.

Y sin dejar que me retengan desando mis pasos hacia el pabellón azul, pero ahora además de brillar, todo alrededor se ha acoplado. El sonido tiene un tramado finísimo: puedo escuchar a la vendedora diciendo el precio de *El Código Da Vinci*, puedo escuchar a aquel turista pasar las páginas del *Martín Fierro*, puedo escuchar a aquella señora masticando su tostado, pero sobre todo, puedo escuchar la larga marcha de los cientos y cientos de personas que entran desbocadas, encendidas, arbitrarias, odiosas, a la Gran Noche Gratis de la Feria del Libro. Y cuando llego a la puerta que da a la avenida Santa Fe veo que el tapón es inmenso, eterno, que solo puedo esperar a que se despeje si quiero salir de ahí.

Así que me siento. Y vuelvo a mirar el suelo. Y me pongo a describir mentalmente los calzados que pasan: "Zapatillas grises, marrones, botines de cuero con cordones, bota de gamuza, taco alto, sandalia, bota lila, mocasín, taco chino, plataforma, zapatos de charol, zapatos blancos, zapatos negros, ojotas, escaarpines y cuatro ruedas de cochecito".

La respiración no llega más allá de los tres niveles pulmonares y mi corazón está enloquecido como un náufrago. Las puntas de mis dedos hormigean y tecleo temblando el número de mi amiga.

-Mariana, me siento mal, ¿me buscan? Me siento mal.

-¿¿Qué??

-Que no me siento bien, vénganme a buscar y nos vamos, ¿dale? ¿Ahora?

–¡Pará que ya termina! –grita Mariana, bajo el eco demoníaco de aquel megáfono de la poesía–. Te buscamos en diez minutos, ¿dónde estás?

¡Diez minutos!

¿Cuánto tiempo cabe en diez minutos?

Nada en mi cuerpo puede esperar tanto.

En diez minutos, lo sé, voy a estar muerta.



MAREA  
EDITORIAL